

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 18 Marzo 1915.

Número 11.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

La lámina de hoy

Desde 1909 acá he rogado tres veces á los republicanos anticlericales que estuvieran en condiciones de hacerlo, que me enviaran una lista de los conventos que hubiera en su provincia y el número aproximado de individuos que cada uno albergara.

Como no me han complacido y carezco de medios para enviar desde aquí personas á propósito para hacer ese necesario recuento de cabezas tonsuradas, acerquilladas y tocadas, me resigno á utilizar los datos, *reconocidamente incompletos*, que me proporciona una obra oficial que ha venido á mis manos, titulada *«Reseña geográfica y estadística de España*, publicada por la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico en 1912». Los datos se refieren á 1910 y á ellos debo la idea de la caricatura de este número.

En la explicación que da el Instituto en la página 188 del tomo II, acerca de las deficiencias de su trabajo, encuentro lo siguiente:

«Que las cifras numéricas de los tres Estados que inserta, proceden directamente de las oficinas diocesanas, y no reúnen, por su origen, toda la *autenticidad deseable*.

«Que no siempre deben ser aceptadas como *expresión exacta de los hechos que representan*, porque los prelados diocesanos, de quienes se solicitaron los datos, no pueden conocer ordinariamente los elementos estadísticos que afectan á las Orde-

nes religiosas, por disfrutar éstas de jurisdicción exenta.

«Debido, sin duda, á estos motivos, la diócesis de Cartagena (y es de presumir que habrá algunas otras en el mismo caso, aunque no lo dicen), en las casillas de *Conventos y Religiosas* incluye solamente los de clausura y prescinde de los demás; por el contrario, Barcelona, Ceuta, Córdoba, Osma y Zaragoza comprenden en dichas casillas todos los conventos y todas las religiosas, sean ó no de clausura.

«Respecto á capillas y santuarios, Córdoba no da cifra alguna porque carece de la correspondiente estadística, y no puede ejecutarla por falta absoluta de recursos; Orense tampoco designa cifras, pero añade que las capillas y santuarios son innumerables; Segorbe no puede dar el número exacto; Toledo lo obtiene por cálculo aproximado; y Tuy, dejando en blanco esta casilla, indica que no hay estadística de capillas y santuarios, pero que éstos son muchos, pues apenas hay parroquia que no cuente con algunos.

«En lo referente al número de religiosos, Granada lo omite porque no puede concretarlo, debido á que los respectivos Superiores varían y renuevan el personal con frecuencia, según las necesidades de sus Institutos; y Toledo presenta cifras calculadas.

«Los datos que se consignan en la casilla de capillas y santuarios distan mucho de expresar la realidad de los hechos. Las diócesis de Córdoba, Lugo, Madrid, Orense y Tuy carecen totalmente de cifras, pues Orense asegura que son innumerables y Tuy que son muchos también.

«Añádase á esto la casi seguridad de que algunas otras diócesis no hubiesen consignado sus respectivas cifras con la debida exactitud, por carecer de los antecedentes necesarios, y se apreciará lo prudente de nuestro juicio.

«Las cifras referentes á conventos y religiosos deben tomarse *nada más como indicación de un hecho*, pues han presidido criterios encontrados en su apreciación. Algunas diócesis han tomado en cuenta los conventos de clausura solamente, prescindiendo de las demás casas de religiosas; otras diócesis los han contado todos, de clausura ó no, y algunas se han abstenido de exponer ci-

fras, por no conocer exactamente, ó bien han consignado el número de conventos y omitido el de religiosas.»

Por las declaraciones del Instituto Geográfico, se ve que las ocultaciones de frailes y monjas son más en número y mayores aún que las de la propiedad en España, que alcanza en ciertas provincias al treinta y tantos por ciento. Esto impide hacer un cálculo aproximadamente exacto. Lo que sí puede asegurarse, es que todas esas gentes gravitan, como el clero secular, sobre la pobre España.

Dadas esas ocultaciones, unas por descuido, otras por ignorancia y muchas por malicia, que el Instituto Geográfico se ve obligado á indicar modestamente, creo que podemos bien calcular en cien mil el número de curas, frailes y hermanas que hay en España, sin pecar de exagerados, dado que los datos son de 1910, que las Ordenes religiosas han aumentado desde entonces, y que del extranjero no ha cesado el chorreo de hermanas y frailes. Esto sin contar los millares de individuos improductivos que viven al servicio ó á la sombra de la Iglesia.

Y calculando nada más que en 250 pesetas el gasto de cada individuo, unos con otros, resulta que extraen todos los años, en diversas formas, y solamente para su manutención, 73 millones de pesetas, del bolsillo de los españoles, sin otra obligación que las de firmarles *pagarés* sobre la *Caja del Purgatorio*, sin haber hasta ahora acreditado que los recojan allí. Unanse á éstos los millones que faltan hasta los 773.298.655 que Menéndez Pallarés demostró en 1903 que curas y frailes percibían anualmente por derechos de estola y otros conceptos, sin contar las fortunas cuantiosas que reúnen por sugerencias fáciles de hacer en su profesión, y dígame para quién trabajamos los españoles sino para la Iglesia.

¡Pobre España! Así está ella; abrumada, derrengada, extenuada, próxima á caer, y exclamando angustiada: ¡Ay de mí! ¡No puedo con tanto ya!

¿Comentarios? No hay para qué hacerlos.

Los hacen á diario esas madres pálidas que recorren medio desnudas las calles de nuestras ciudades

pidiendo un trozo de pan para sus hijos escuálidos.

Y esos ancianos que mueren de hambre y de frío por esas bohardillas desmanteladas, cuando no sobre el arroyo.

Y esos centenares de enfermos que tienen que volverse aterrados á sus tugurios desde las puertas de los hospitales, por no haber camas desocupadas.

Y esos millares de millares de hombres fuertes y útiles que emigran.

Y esas jóvenes que se suicidan dejando para el juez cartas cuya lectura aterra.

Y esas muchachas de menor edad que se prostituyen...

Y esos niños que, según una frase terriblemente hermosa, tuvieron hambre antes de tener dientes, y expiran á millares...

Y mientras todo esto ocurre, en iglesias y conventos se celebran fiestas en que se gastan miles y miles de duros.

Y se regalan coronas de 500.000 y 600.000 pesetas á imágenes que llevan en sus mantos millones en joyas.

Y se ven centenares de automóviles y coches á las puertas de los conventos.

Y se...

Mas corto aquí. Llenaría el número si pretendiese enumerar sucintamente las cantidades que la falsa piedad, la moda, la hipocresía ó el remordimiento depositan en los templos donde dicen que se adora al que amaba la pobreza.

Esto aparte de que necesito espacio para reproducir el artículo que va á continuación, publicado en *El Liberal* con la firma prestigiosa de un hombre de ciencia que es á la vez político y publicista; artículo que contribuye también á determinar el contraste horrible que acabo de exponer.

E Instituto Rubio y la colaboración social

Hace pocos días que los señores protectores del Instituto Rubio y gran número de profesores distinguidos del mismo celebraron la Junta anual reglamentaria para dar cuenta de la benéfica labor realizada en el curso pasado, del estado de su hacienda y de las disposiciones que procede adoptar para que tan importantísimo nosocomio pueda continuar desarrollando la vida progresiva que lleva, ó cuando menos cumplir la sublime misión que le dejó encomendada su glorioso fundador.

Las notables Memorias que leyeron el honorable depositario de fondos, D. Rufino Martín Besga, y el celoso secretario, D. José López Campallo, acerca de los aspectos econó-

mico y clínico, unidas al ligero pero interesante debate que á la lectura de estos trabajos siguió, y en el cual hubieron de exponer muy discretas y acertadas observaciones los doctores Cervera, Slocker y Tapia sobre las de los señores arriba citados, á las cuales agregó las suyas la celosísima presidenta de la Junta de damas curadoras, D.^a Carmen S., viuda de Taboada, hicieron que se acreditase con preciosa demostración la inefable obra de cultura y de beneficencia que lleva á cabo el Instituto, el extraordinario servicio que presta á la enfermería necesitada de toda la nación, la escasez de medios con que lo viene cumpliendo y la poderosa razón que le asista para solicitar de las Sociedades y personas pudientes aquel concurso generoso, sin el cual sería imposible que existieran esas instituciones que constituyen el alma y los instrumentos más eficaces de nuestra civilización bienhechora y progresiva.

La labor científica y la asistencia hospitalaria llevadas á cabo en los nueve meses del curso 1913 á 1914, reputan al Instituto Rubio de ser el primer Centro de su naturaleza en España. Levantara la cabeza en su sepultura el venerable fundador y seguramente que expresaría con solemne frase admiración y agradecimiento por el acierto y el entusiasmo con que sus discípulos van exaltando y magnificando su adorada escuela. Siete profesores, los doctores Lozano, Tapia, Martínez Angel, Yagüe, Castresana, Pittaluga y Trivino, dieron interesantísimas conferencias sobre puntos esenciales de sus respectivas especialidades, y diecinueve afamados especialistas (1) y profesores de laboratorio mantuvieron en actividad incesante otros tantos Dispensarios, donde fué asistida crecía población de enfermos, afectos de toda clase de padecimientos y oriundos hasta de las regiones más apartadas de España. La concurrencia se podrá calcular diciendo que sólo los nuevos venidos en dicho curso ascendieron á 8 428; que las asistencias prestadas fueron 26.600; que las operaciones practicadas en los Dispensarios sumaron 3.000, y que alcanzaron la cifra de 445, aquellas de alta cirugía que hubieron de hacerse en la preciosa y perfecta sala á dicho fin destinada.

Verdaderamente asombra la cantidad y calidad de esta bienhechora actividad. Olmena hirviente de una juventud profesional, dirigida y amestrada por eminencias que son ornamento de nuestra Medicina,

(1) Arnal, García Hurtado, López Durán, Horcasitas, Gutiérrez, González Bravo, Martínez Sáñez, Yagüe, Moliner, Castresana, Verdes Montenegro, Mut, Vilches, Martín Miguel, Lozano, Landete y Pardo Reigidor.

puede afirmarse que en las Facultades oficiales más concurridas de nuestra nación no existe nada que le sea comparable, por la educación intensiva, la formación diferenciada y el empeño pedagógico que allí adquiere. Los alumnos son ya médicos titulados; sus matrículas costosas expresan afán hondo y pertinaz por el estudio, y de allí irradian luego, por todas las provincias, doctores jóvenes, impuestos en prácticas y perfeccionamientos que no habían podido adquirir en los Centros oficiales.

Sin embargo, de esta colosal utilidad pública, el Instituto, por ser institución libre, no contar aún más de diecinueve años de existencia y hallarse agobiado por la inmensa pesadumbre de su enfermería, vive escaso de recursos, vese precisado á reducir el campo de su tarea, á escasear en ocasiones los elementos y medios de su actuación, y á retrasar adquisiciones, reformas y mejoramientos que le están pidiendo á voces los supremos intereses de la ciencia, la enseñanza y la enfermería, allí atendidos ó representados.

De estas deficiencias fué vocero el señor depositario de la Junta de protectores, y después de proclamar que el pasado curso se cerró con un déficit de 6.651 pesetas, se alzó la voz inclemente y severa de la necesidad, imponiendo la suspensión de embellecimientos y reformas higiénicas para atender á las exigencias de una mejoría en la alimentación ó de un mayor surtido en el material de curas.

Fué aquel debate conmovedor. La bienhechora doña Carmen, con doloroso sentimiento que hacía palidecer sus mejillas y humedecía sus ojos, escuchaba de labios del director, doctor Cervera, y del depositario, la imperiosa necesidad de poner freno al arreglo de los paseos, trazado de los jardines y atenciones de otros delicados menestres semejantes, por útiles y recomendables que se creyeran, mientras almas alantropicas, auxilio de Corporaciones ó generosidad de ricos Círculos, no permitiesen alumbrar los ingresos con donativos que sacaran al Instituto de su penuria actual. Y se advirtió, como razón suprema, que mientras no se lograra instalar un buen gabinete de radiografía, medio de exploración y de tratamiento indispensable, esencialísimo hoy en todo hospital por los maravillosos beneficios que proporciona al enfermo, no era lícito pensar ni acometer nada que fuera encanto de los sentidos, alegría del alma y requerimiento de higiene, con ser todo esto por extremo conveniente en una enfermería.

¡Diecisiete mil pesetas cuesta, se-

gún presupuesto bien estudiado, dicha instalación!

Y he aquí la apelación con que deseamos finalizar nuestro artículo. Damas nobles de la aristocracia cuyo corazón siente las desventuras de los enfermos pobres; hombres capitalistas que desean gastar algunos miles de pesetas en servicios de grande utilidad pública; Círculos donde la benevolencia de las autoridades permite recaudaciones que se purifican con la virtud de los benéficos donativos... ¿no habrá entre vosotros quien se decida a crear lo que ha de producir el bien entre miles y miles de pacientes?

Más de trescientos mil enfermos tratados durante quince años en este Instituto, ¿no garantizan la sublime y copiosa utilidad de cuanto medio curativo allí se instale? ¿No tendrá el conde de Romanones, fundador del precioso pabellón donde serán curadas las enfermedades de los huesos, que tantas coxeras causan en la infancia, émulos, bienhechores que aporten también testimonios parecidos de su filantropía y de su cultura?

DOCTOR ANGEL PULIDO

Al acabar de leer ese artículo, no se sabe si la indignación supera a la tristeza.

¡La Ciencia mendigando, y mendigando para sanar enfermos, amparar desvalidos y consolar tristes, misión de que teóricamente se envanecen y prácticamente endereza a su provecho, los que dicen seguir la doctrina de aquel consolador de tristes, amparador de desvalidos y sanador de enfermos llamado Jesús!

¡La Ciencia necesitando 17.000 pesetas para facilitar aciertos que ahorran dolores y acelerar curaciones que enjugan lágrimas, mientras en los templos donde se ensalza la pobreza sobra todo, y se saca dinero a los fieles asegurando que los santos curan enfermedades y conceden cuanto se les pide!

Al ver por las mañanas la larga procesión de desventurados subiendo en ascensión penosa la cuesta que desde la entrada de la Moncloa conduce al Instituto, llevando cada uno en el rostro marcado el sello del sufrimiento, pero confortados todos con la esperanza de que en aquel templo de la Ciencia recobran la salud de que carecen, se entra en ganas de subir con ellos, descubrirse al entrar, y besar respetuosa y cariñosamente las manos de aquellos sacerdotes con casullas de blanco lino, más limpias y resplandecientes que las recamadas de oro y plata; manos santas que devuelven hijos a sus madres y madres a sus hijos, sin tenderlas luego para que depositen en ellas una moneda los

favorecidos; manos que no necesitan para moverse otros estímulos que los que brotan de los pechos nobles que albergan corazones sanos.

Y al bajar la cuesta después de cumplido este sagrado deber de alta espiritualidad, y mirar a la carretera por donde cruzan hacia las arboledas de la Moncloa y El Pardo coches y automóviles en marcha vertiginosa, se piensa en las intensas y dulces emociones de que se privan aquellos que no pueden decirse al divisar la silueta del benéfico edificio:

«El día que yo muera, seguiré viviendo en la memoria de los que ejercen el sacerdocio de la Ciencia allí.»

JOSÉ NAKENS

Párrafos de un discurso

Están copiados al pie de la letra del *Diario de Sesiones del Congreso*, y pertenecen al que pronunció Emilio Menéndez Pallarés en la sesión del 25 de Noviembre de 1903:

«Sumad todo lo que cobra el ejército, la magistratura, los maestros de escuela, los empleados públicos en los distintos grados de la jerarquía administrativa, incluyendo la lista civil, y la cifra que obtendréis será inferior a la que representa la Iglesia en España.

Esta cifra es enormísima; asciende a 773.298.635 pesetas. El número no es exacto (*Un Sr. Diputado*: Lo suponíamos); no es exacto, pero es producto de un cálculo muy racional, cálculo que no he hecho yo, que para ello carecería de experiencia; es cálculo de un virtuoso presbítero de competencia notoria, cálculo que me han confirmado más de seis sacerdotes a quienes he sometido este punto a consulta.

Esta cifra de 773.298.635 pesetas, se descompone en la siguiente: ingresos de la Iglesia consignados en el presupuesto de los distintos Ministerios 44 millones y pico de pesetas; utilidades anuales de las Ordenes religiosas procedentes de su Ministerio y oficio, 255.358.803; utilidades ministeriales del clero fuera del presupuesto 57.600.000; presupuesto eclesiástico de todos los Ayuntamientos y Diputaciones, 918.000; utilidades arancelarias por nacimientos, 2.750.000; utilidades arancelarias por matrimonios, 4.500.000; utilidades arancelarias por defunciones, cementerios y traslado de cadáveres, 1.350.000; intereses de los depósitos que hay en el Banco al 3 por 100 de memorias pías a disposición de los Obispos 1.500.000; Nunciatura, por derechos de dispensa, 365.000; Sres. Obispos, por los derechos que devengan en dispensas y fieles con el clero, 1.180.000;

vicarias y provisoratos, por diferentes conceptos, 365.000 pesetas.

¿Creéis que hay exageración en la cifra de 255 millones, atribuida a las utilidades anuales de las Ordenes religiosas dedicadas a pedir, fabricar, decir Misa, pronunciar sermones, etc., etc.? Restar de esa cifra 200 millones, y siempre resultará que la Iglesia, para la realización de sus fines, percibe en España anualmente más de 500 millones de pesetas. (*Un Sr. Diputado de la minoría tradicionalista*: ¿Y qué?) Y no es sólo esto, Sres. Diputados, porque no están en este cálculo todos los conceptos por los cuales la Iglesia adquiere riqueza.

Bien sabido es que la Iglesia, con el achaque de que limpia las manchas de la conciencia y abre las puertas del cielo, obtiene donaciones espléndidas; y obtiene también por actos de última voluntad fortunas cuantiosas, conseguidas a veces por sugerencias, fáciles en los que, por razón de su profesión, utilizan lo maravilloso y sobrenatural.»

Esos párrafos explican por qué está la miseria adueñada de España, y por qué los hospitales, a donde ella empuja a los desvalidos, carecen de los recursos necesarios para acogerlos y curarlos.

Gabino Ponda

El 17 del actual hizo cinco años que murió en Barcelona aquel hombre que rindió culto al Trabajo, la Honradez y la Verdad.

Mientras EL MOTIN se publique viviendo yo, no ha de pasar un aniversario de su muerte sin que le dedique un recuerdo, y salude a los amigos que me dejó en Barcelona, y que me han demostrado constantemente que merecían serlo de un hombre tan excepcional como él.

Un caso de conciencia acerca del jesuitismo

PARA D. MANUEL BUENO

En *Heraldo de Madrid* y a propósito de *La Lepra en España*, ha publicado Manuel Bueno un artículo muy atinado, por lo que hace al fondo del asunto; pero algo equivocado en la forma, por cuanto la idea fundamental va desvaneciéndose a medida que se lee el escrito, y va tomando bulto lo que parecía simple incidente, cual es la apología del jesuita Carlos Ferris, coautor del sanatorio de Fontilles para leprosos.

Según el Sr. Bueno, el jesuita aquel es un espíritu de sublime altruismo: algo así como Camilo de Lellis ó Juan de Mata.

Podría ocurrir que así fuese realmente aquel individuo; mas, basta-

ría el ser jesuita, para verse obligado á subordinar su divino altruismo á la rapacidad egoísta de la Compañía, que resulta exaltada en la persona de aquel sujeto. Y esto es lo que busca el jesuitismo; que con simulación de curar la lepra corporal, se infiltre aún en «la mala prensa» la lepra social del ignacianismo, sirviéndola inadvertidamente de vehículo periódicos como *Heraldo* y plumas tan exquisitas como la de Manuel Bueno.

No crea el distinguido escritor que este reparo procede de espíritu sectario y sistemático.

Si tiene tiempo y humor de estudiar el sistema ignaciano, se convencerá de que en todas sus obras de caridad y de altruismo, no busca la Compañía más que la «exterioridad y apariencias» que disimule y envaine el refinado egoísmo sin entrañas del Instituto. Así Ignacio ordenaba á los suyos simular el desdén de limosnas y el desprecio de regalos para acreditar al Instituto de desprendido y descuidado en las cosas temporales, y así minar el terreno á los otros frailes y clérigos de codicia poco recatada, y atrapar las grandes limosnas y los ópimos legados. El lema constante era: «el jesuita siempre comience por lo bajo si quiere llegar á lo alto.»

Javier servía á los apestados «poniendo sus labios en las llagas de los enfermos».

Así logró la fama que había de elevarle á la admiración del rey de Portugal, y á vincular en la Compañía el Patriarcado de Etiopía. Todos los jesuitas comenzaban por enseñar el catecismo á los niños por las calles y plazas; tan pronto como hubieron logrado el crédito necesario, abandonaron los niños y se dedicaron á educar hijos de príncipes y á cultivar la devoción de las mamás y de las hermanas. Todos, igualmente, se introducían en las ciudades como asistentes de enfermos en los hospitales: acreditados de hombres de bien, iban olvidando los enfermos para escurrirse de los hospitales y pasar cautelosamente á las alcobas de grandes señoras y de lucidas damiselas. Lo uno era medio preconcebido para lo otro.

He aquí lo que deben conocer los escritores y críticos, á saber: que el jesuitismo no está en sus *exterioridades públicas* sino en sus *interioridades secretas* de las cuales aquellas son disfraz, vaina y pantalla. Muy abiertos al público ofrecen los jesuitas sus talleres de obreros, sus misas y exposiciones del Santísimo, sus misiones populares y aun sus tandas de ejercicios, sus tratados de mística y de apologética y sus colegios y templos: esto es la cobertura y la máscara, y el medio para ocultar el alma ignaciana y su ac-

ción sigilosa. La plática del jesuita con la vieja ricachona, con el potentado pacato, con el agente de banca y de litigios; con el testafierro político, la acción sutil en las curias, tribunales y oficinas: ahí está el jesuitismo.

¿Instrucción? ¿Colegios? ¿Talleres? ¿Asilos? ¿Observatorios? ¿Sanatorios?—Farándula y hojarasca.

¿Ha habido mayor enemigo de la Universidad que el jesuita? ¿Ha tenido el Instituto Rubio mayor adversario? ¿El Dr. Moliner, no se estrelló al chocar con el jesuitismo?

¿Qué protección han recibido del jesuitismo los centros públicos de cultura y beneficencia, oficial ó privada? ¿Qué agravio han dejado de recibir? ¿No ha puesto su misión en destruir la obra ajena por santa que fuese, con el fin de acapararla, hacerse dueño de ella y convertirla en instrumento, en trinchera y en espejuelo? Su ciencia tiene por objeto imponer el jesuitismo á las conciencias; su beneficencia consiste en hacer buenos y dociles instrumentos de la secta: y ante todo, consiste en destruir la ciencia y la cultura que les estorba su plan.

Cada colegio suyo ha destruido ó imposibilitado veinte colegios ajenos: cada sanatorio que levantan, ha devastado otros veinte: cada maestrillo que ponen á flote, ha costado el hundimiento de veinte Sabios legítimos.

Destruyendo al rival, es cómo los suyos brillan: ahogando al vecino es como ellos respiran.

Ese Ferris, podrá ser un inconsciente: un hombre bueno que sirve á una entidad depravada. No crea el señor Bueno que esto es paradoja. El banquero que prepara una gran estafa, busca para empleados y corredores gentes muy honradas y de probidad notoria. Sólo así, rodeado de gentes de pro y de sujetos acreditados, puede realizar su empresa el canalla y el estafador.

¿Que el sanatorio de Ferris es una obra buena y magnífica? Distingamos: considerada en sí y aisladamente, es buena; pero, en cuanto forma parte del todo jesuitico, no sólo no es buena, sino que es lo peor, porque sirve para cazar incautos y para sorprender á espíritus tan cultos como el señor Bueno.

Dirá este señor que él se fija en la parte buena con omisión del todo perverso. Mas esto sería un espejismo ó un sofisma. El mismo afirma la ilación de la parte con el todo, su dependencia íntima y su consubstanciación al decir y repetir que Ferris es jesuita, jesuita preclaro, jesuita apostólico, inflamado de amor divino.

He aquí, pues, cómo se infiltra la apología del todo malo dentro de la apología de su parte buena. Ferris

es jesuita: es una parte de la Compañía; su obra es un apéndice del jesuitismo.

Diráse que, según nuestro programa, no será posible reconocer en el jesuita mérito alguno... No es esto: lo que no debe ser posible, porque no es lícito, es el cantar loas á la *exterioridad jesuitica* haciéndose cebo de su anzuelo, sin hacer constar al mismo tiempo la relación que tiene con la *maldad interna*, presentándola de hecho aunque no se diga expresamente, como cosas separadas é independientes, lo cual es falso de toda falsedad, y ocasiona el error en el público de hacerle creer que el jesuitismo está en aquella exterioridad inofensiva y benéfica. Con ello se hace involuntariamente el reclamo y se sirve á la *interioridad maléfica*.

Y este es el caso de conciencia para los escritores que tratan de cosas de la Compañía, á saber: ¿es lícito alabar lo bueno de una institución esencialmente nefanda, con omisión de toda censura á la nefandad esencial, de la cual aquello bueno es parte coercitiva? El Sr. Bueno hallará explicado el fenómeno jesuitico en una frase de Eloísa á Abelardo: «El diablo—dicele—cuando no puede hacer el mal por medio del mal, procura hacerlo por medio del bien.» E Ignacio dijo á los suyos que hay que aprender y copiar del diablo las artes para cazar devotos.

He aquí conseguido por los jesuitas su objeto. Con el sanatorio de leprosos de Andalucía, han metido la lepra jesuitica en el *Heraldo*. Y esto es deplorable.

S. PEY ORDEIX

Tonto de solemnidad

Copio del número 19 de *Raza Nueva*, semanario republicano de Barcelona:

Litrán

Los periodistas somos indiscretos absolutamente indiscretos.

Lo hemos sabido en la conversación particular y familiar y no dudamos ni un instante en verter nuestra memoria sobre las cuartillas blancas.

Nuestro amigo y colaborador, el hombre bueno y abnegado, ha recibido una carta de Cardona de alguien cuyo nombre ignoramos, que le ofrece todo cuanto tiene, unos 1.800 duros en acciones de un Banco, y, además, hasta le propone edificar un piso más en su casa para darle albergue generoso.

Litrán ha contestado que él nunca acepta lo que cree que no puede pagar.

Rasgos así le reconcilian á uno

EL MOTÍN



¡Ay de mí! ¡No puedo con tanto ya!

Ayuntamiento de Madrid

con la vida sucia de este mundo asqueroso.

Litrán, por otra parte, está de enhorabuena.

Ha cobrado lo que le debía *El Progreso*, unas 400 pesetas, con las que ha podido pagar parte de los 500 francos que dejó á deber en Montpellier para poder venirse aquí cuando fué amnistiado.

No conozco personalmente á Cristóbal Litrán más que por sus trabajos en la prensa anticlerical y republicana; pero al leer esos renglones en el mismo periódico que dijo hace poco que él era el *único* albacea de Ferrer que no había cobrado los derechos que legalmente le correspondían como tal, me ha confirmado en la idea que tenía de él formada, y he pensado en dar en *EL MOTIN* su retrato.

Hay que ir sacando á la vergüenza pública á los que pasan por inteligentes en el republicanismo, cuando no han sabido siquiera labrarse un porvenir modesto sirviéndose de las ideas, por ne haberse curado de la antigua falsa y ruinosa manía de servirles á ellos.

Agradecería á cualquiera de los amigos que lo conozcan bien, que me enviara cuanto antes algún trabajo sobre su vida y milagros.

Y si él quisiera decirnos algo de su persona, que aproveche la ocasión; ya que no hay muchos periódicos que se dediquen á publicar retratos de los que merecen y alcanzan en los tiempos que corren, el *honroso y enorgullecedor* dictado de tantos.

Cine clerical

BUENA SALIDA

I

Despacho episcopal. El prelado, hombre de unos sesenta años, rojo como una cereza, de exuberantes carnes y gesto agrío, lee un periódico. Un paje afeminado anuncia:

—Con su permiso, Ilustrísimo Señor: ahí está D. Saturio.

—¿Quién es ese?

—Aquel ex gañán que se ordenó las témporas pasadas.

—¿Y qué quiere?

—Trae una tarjeta de recomendación para S. E. de la viuda de Mochales.

—¡Vamos! No es tan bruto como parece: por lo menos ha sabido agarrarse á buena aldaba. Dile que pase.

Entra muy aturdido y azorado un clérigo de unos cuarenta años, de aspecto y modales rústicos; se arroja, besa el anillo del prelado, y le presenta tembloroso una tarjeta.

El obispo la lee y sonríe:

—De modo que usted conoce á la señora viuda de Mochales.

—¡Anda! Lo menos hace veinte años; le guardé el ganado veinte años. ¡Tenía unos carneros más herosos! Me tiene mucha ley...

—Sí, si ya lo veo... Me pide que le confíe á usted el curato rural de Aloejos. ¿Usted se encuentra con fuerzas para regentar aquella parroquia?

—Con la ayuda de Dios, y mi buena voluntad, yo creo que sí.

El prelado reflexiona.

—Vamos, una pregunta, relacionada con los deberes de su sagrado ministerio. Supóngase usted que es un viernes de vigilia, y usted no se acordaba, y se está comiendo un pollo asado que le han servido, cuando de repente entra la sirvienta, y le dice azorada: «¡Señor cura! Ahora recuerdo que es vigilia...» ¿Qué haría usted, mejor dicho, qué diría?...

—Pues, le diría: ¡Animal! Esas cosas se dicen después de haber comido...

El prelado, disimulando mal la risa, le ordena que vuelva al día siguiente.

II

—He firmado ya el nombramiento de usted para el curato de Aloejos... Allí estará usted en su centro, pues todos sus feligreses son gente del campo... Sin embargo, el cura de una aldea pequeña, además de los conocimientos propios de su sagrado ministerio, conviene que sepa un poco de medicina, de agricultura, de veterinaria... ¿Sabe usted cuántos clavos se necesitan para herrar á un caballo?...

—No, Ilustrísimo Señor.

—¡Qué torpeza! Entonces tendré que anular su nombramiento...

—Si es por esto, no lo haga Su Ilustrísima; en saliendo de aquí iré á ver á su zapatero y aprenderé ese detalle tan importante para la cura de almas...

El obispo se quedó pegado á la pared.

FRAY GERUNDIO

Por qué estamos en guerra

La justificación de la Gran Bretaña por individuos de la Facultad de Historia moderna de Oxford

Tal es el título del librito recibido de 125 páginas de texto, seguidas del facsímil del *Libro blanco alemán*, del *Libro anaranjado ruso* y de numerosos documentos secretos de embajadores.

Los irrefragables testimonios adu-

cidos en el libro, cierran el paso á toda objeción y dejan á la consideración de los neutrales estos dos hechos escuetos: «¿La firma de pactos internacionales, obliga á los Estados otorgantes que se obligan á guardarlos?—En caso afirmativo, Alemania y Austria se sometieron á la guerra con Inglaterra, Francia y Rusia el mismo día de pactar la neutralidad de Bélgica (15 Noviembre 1911 y 19 abril de 1913), para el día que violasen el territorio (3 Agosto de 1914). Cuando Alemania firmó aquel pacto ¿tenía capacidad para ello? En caso negativo, sus actos internacionales son nulos; en caso afirmativo, al quebrantar su pacto, anula su capacidad y se declara en quiebra fraudulenta, abusando de la confianza de Francia en la probidad alemana, para sorprenderla desprevenida y destruirla. ¿Pueden los pactantes castigar estos fraudes y forzar á Alemania á someterse al derecho de gentes, ó destruirla como Estado desmoralizado, incapaz de cumplir los deberes contraídos?—De su peso se cae la respuesta.

Tal es la justificación de Inglaterra. Exige lo suyo: el cumplimiento de un pacto hecho con ella y que Alemania ha burlado, por creerse tan temible que no habría en el mundo quien se atreviese á castigar su burla.

Para replicar á esta acusación aplastante de Inglaterra, Alemania acude á hechos del tiempo de Mari-Castaña. Con tal sistema, iríamos á parar á Caín y Abel, y aun á la guerra entre Dios y Lucifer, antes de existir el planeta. Lucifer tuvo las mismas razones que los alemanes para guerrear: Dios tuvo las mismas de Inglaterra, del *primi possidentis* para rechazar el ataque. A veces el el malo se equivoca: ocurriole á Lucifer. A veces la víctima es el bueno. Ocurriole á Abel.

Victoriosa como Dios ó vencida como Abel, Inglaterra ha entrado en lucha. Esta es la Historia.

Tasación injusta

Un despacho de Washington dice que en Méjico han sido detenidos 180 sacerdotes, cuyo rescate han fijado las autoridades mejicanas en medio millón de dollars.

No aprecian en mucho, no, á los curas en Méjico.

Trece mil ochocientos ochenta y ocho pesetas por cabeza tonsurada, es una miseria.

Hombres que suelen saber algo de latín, á cuyas manos baja Dios diariamente y que tienen poder para abrir con una bendición las puertas del cielo, merecían haber sido tasados más alto.

Esto no quiere decir que yo diese

ni esa cantidad por ninguno, si hubiera aquí la costumbre de venderlos como antiguamente á los esclavos. Y no por considerarlo caro, sino porque no sabría luego qué hacer con él.

Pero esto no quita para que me duela del poco aprecio que en Méjico se tiene á los ministros del Altísimo.

Antes y con tiempo

¿Quién me había de decir que el P. Claret, con cuyos dichos relativamente chavacanos, tanto nos reíamos allá por los años anteriores á la revolución de Septiembre, pararía en santo nada menos, y perpetraría una barbaridad de milagros mucho antes de ser canonizado? Y, sin embargo, así ha sido.

Allá van unos cuantos relatados en el número 924 de la revista *El Iris de Paz*:

Favores del V. P. Claret

Enate.—Creyéndome amenazada, á juzgar por los síntomas, de una enfermedad cancerosa en un pecho, prometí 25 pesetas al Inmaculado Corazón de María, para la causa de beatificación del V. P. Claret, y su publicación en *El Iris*, si lograba que no se confirmasen los síntomas y no tenía que intervenir médico alguno. Conseguida la gracia, cumplo gustosa la promesa.—*P. P., Archicofrade.*

Se va perfeccionando el sistema. Antes daban dinero á los santos, por mediación de los curas, aquellos que sufrían una enfermedad cualquiera y sanaban con las medicinas que les recetaba el médico. Hoy ya se los dan por figurarse que tienen síntomas de adquirirla.

El día que se perfeccione el sistema un poco más, podrá darse este caso. Siente un devoto dolor en el vientre; cree que es síntoma de un cólico miserere; ofrece dos pesetas al P. Claret si cura; á poco sale de su habitación papel en mano, y á los cinco minutos desaparece el peligro. Pero como la promesa ha sido hecha, dos pesetas al cura y al *Iris de Paz* con el cuento.

¡Lo que se adelanta hoy en todo!

Bañolas.—Doy gracias al Purísimo Corazón de María, que por intercesión del V. P. Claret me concedió una gracia que yo mucho deseaba; agradecida mando esta pequeña limosna (una peseta), según prometí, deseando sea publicado en *El Iris de Paz*.—*Una devota.*

Como ignoro la gracia que fué, no puedo apreciar si resultó cara ó barata por una peseta. Cuando la bea-

ta lo calla y oculta además su nombre, sus razones tendrá. Las beatas sienten devociones extrañas. Yo conocí una que tenía su alcoba llena de cuadros baratos de imágenes de santos. Le pedía á uno de ellos que acudiese á tal hora un amigo que le ayudaba á castigar la carne pecadora; si llegaba, le encendía una vela; si no, volvía la imagen de cara á la pared, y en esta forma la mantenía un par de semanas. «¡Hondos misterios de la fe que ignoro!»

—Doña Concepción Tona hacía unos años que venía padeciendo una impertinente enfermedad que ni el médico ni las muchas medicinas pudieron dar solución; se encomendó muy de veras á la protección del V. P. Claret, aplicándose al mismo tiempo una reliquia del mismo. El resultado ha sido una completa salud que tanto deseaba; sumamente agradecida entrega 17 pesetas para su causa.

¡Pero qué enfermedades más raras hay! ¡Hasta impertinentes! Es decir, lo contrario de las demás, que son de suyo agradables, amenas, regocijadas... Afortunadamente ya se ha encontrado el remedio para ellas; basta con extraer 17 pesetas del bolsillo del paciente, aplicarlas á la beatificación del P. Claret, y ni con la mano.

Almendralejo.—Doy gracias al V. P. Claret que por medio de una reliquia suya que me dió el Rdo. Padre Marciano Parcerisas conseguí que mi hijo curara de un grano canceroso que le salió cerca del ojo. Agradecida doy 5 pesetas para su causa de beatificación.—*Antonia Alvarez.*

No especificándose cuál era el ojo, (aunque por el singular sospecho que no sería ninguno de los de la cara), me encuentro con la misma dificultad que con el milagro de Bañolas para apreciar si fué alto ó bajo el precio en que tasó el milagro esa madre agradecida. Mi duda sobre lo del ojo se justifica en parte, recordando que la especialista para los de la cara fué hasta ahora, y creo que siga siéndolo, Santa Lucía; y cuando no se acudía á ella, sería porque aquel ojo no entraba en su especialidad.

Hasta aquí los milagros del P. Claret, de quien tanto nos reíamos antaño.

Y si hace tantos y de tal calibre antes de ser canonizado, ¿cuántos no hará cuando adquiera la patente de Santo?

Asusta pensarlo.

Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

CONCILIO DE LONDRES, *Londinense*, año de 1102

5.º «Se prohíbe á los Arcedianos, Sacerdotes, Diáconos, y Canónigos, el casarse ó retener á las mugeres que ya tienen. Los Subdiáconos tendrán obligación de despedir á las que hayan recibido, después de haber hecho profesión de castidad.»

Después de tantas prohibiciones, tantas amenazas, tantas excomuniones y anatemas, parecía natural que no quedase ya ni un clérigo que cayera en la tentación, no digo de casarse, ni de acercarse á una mujer en cien leguas; y no obstante continuaban en este punto, como en todos, igual que en los primeros siglos, pasando por donde bien les parecía las prohibiciones de los Concilios.

8.º «Los hijos de los Sacerdotes no heredarán iglesias de sus padres.»

Parece que entonces los templos se trasmitían como cualquier otro inmueble. «Dejo á Fulano, hijo mío, la iglesia, la taberna y la casa de lenocinio.» Así hubieran podido en aquellos siglos estenderse algunos testamentos.

10. «Los Sacerdotes no irán á beber á las tabernas.»

Cuando Baltasar de Alcázar dijo: «Si es ó no invención moderna vive Dios que no lo sé, pero delicada fué la invención de la taberna, demostró que no estaba muy versado en cánones. De estarlo, habría sabido que la invención era antiquísima.

11. «Los hábitos de los Clérigos serán de un mismo color, y los zapatos llanos y modestos.»

Ignoro cual sería entonces la moda del calzado, mas esa recomendación indica que los clérigos usaban el más coquetón; quizás con tacón alto; tal vez adornado con cintitas de colores formando lazos que encantarán á las beatas. Cuando un Concilio tuvo que hacerles esa advertencia, sería por haber llegado el abuso á un extremo escandaloso.

CONCILIO DE GRAN Ó ESTRIGONIA, *Strigoniense*, año de 1114.

El 11 «prohibe elevar al episcopado á un hombre casado sin el consentimiento de su esposa.»

—¿Sabes lo que he pensado, Sinforosa?

—Dilo, Anastasio.

—Solicitar, recomendado por doña Simonia, un obispado. ¿Me das tu consentimiento?

—Con el alma y la vida. ¡Pues poquitas ganas que tengo yo de que me llamen señora obispa!

Diálogo posible en el siglo XII.

(Continuará.)

Los milagros

por

ROBERTO ROBERT

¿No es esto la mayor exageración del absurdo?

Que le haya sucedido á una mujer, ya sabemos que debe creerse; pero ¡a muchas!

Cierto que Dios es omnipotente; pero como decimos nosotros: el que pueda hacerlo todo, no prueba que haya hecho todo lo que á un moro se le antoje achacarle.

¡Estaríamos frescos!

En compensación de los necios que creen milagros falsos, hay mónstruos que niegan los verdaderos.

Petimetres frívolos hay que han negado los milagros de San Antonio.

Y un autor moderno dice con mucha oportunidad:

«El hombre que como San Antonio padece tanta hambre y teniendo un cerdo no se lo come, es evidentemente milagroso.»

En 1720, poco más ó menos, andaba arrastrándose por las calles de Oviedo una pordiosera que solía ir á rezar á una imagen de Nuestra Señora.

Un día, á media oración se levanta buena, sana, fuerte, contenta y alegre, y dando palmadas comienza á andar de un lado para otro con ligereza, gritando que por intercesión de la Virgen Santísima se había curado.

¿Qué le falta á este milagro para ser cierto?

Nada más que la fácil comprobación.

Pues bien: se quiso averiguar la verdad y se averiguó que, en efecto, en los muchos años que dicha mendiga viviera en un mísero hospedaje, siempre había caminado á rastras, y que únicamente anduvo de pié como los sanos, cuando se figuró que nadie la veía.

Esto no lo he contado como milagro, sino para que se vea lo que puede la averiguación.

De algún tiempo á esta parte, como en compensación de nuestras calamidades, se ha introducido algún orden en el negociado de milagros y sólo los hacen las personas decentes.

En épocas anteriores, si bien la fe estaba más arraigada y había más devoción, sucedía que todo el que hacía algo extraordinario era tenido

por santo, siendo bienquisto, y si no, por diablo, hechicero ó brujo.

De cuando esto sucedía, dice un historiador:

«Todo era vulgo en aquellos tiempos en España, y aun en las otras naciones.

«Sujetos que hoy (1730) puestos en Londres, París ó Roma, apenas serían estimados como medianos matemáticos, eran tenidos por insignes encantadores. Cualquiera novedad de mecánica, relojería... sin remedio era diablura.»

Dice el reverendo Padre Maestro Fray Benito Garónimo Feijó, de quien he tomado muchas noticias para este capítulo:

«Los que escriben ó refieren muchos milagros, no han menester más pruebas para ser tenidos por sospechosos.»

Por eso yo he dicho: ¿Milagros? pues poquitos, poquitos.

Y he tenido además la suerte de no encontrar casi más que los necesarios á mi objeto.

El Padre Rivadeneyra afirma que al cabo de treinta y dos años de muerto San Antonio de Pádua, le hallaron la lengua fresca y rubicunda, privilegio que Dios le concedió, agradecido á su apostólica predicación.

Nosotros no podemos comprender las ventajas que le resulten á un cadáver de la frescura y rubicundez linguales; pero es lo que uno dice: eso no quita.

Osvaldo, rey, daba un día limosna á un pobre. Vióle un obispo, y sería para él una cosa tan inverosímil eso de dar limosna, que besó la mano al rey diciendo: *Nunca esta mano se marchite.*

Y anden, que el rey se murió; pero la mano le quedó viva, que es lo que nos proponíamos demostrar.

Una de las armas que suele esgrimir en vano esa moderna impiedad, azote de todas las religiones, consiste en decir que hoy no se hacen milagros.

Y sin embargo, todo el mundo sabe que este argumento está victoriosamente refutado por los hechos.

Citaremos dos, que son los más vulgares.

En una populosa capital de España existe una reliquia de Santa Lucía.

Esta reliquia tiene la virtud de ce-

gar á todo el que la mira, por cuyo motivo no se permite que nadie la vea.

Pues si nadie la ve, ¿no es cosa temeraria negarle una virtud milagrosa que sólo podría desmentirse habiéndola visto?

Otro hecho.

Entró Víctor Manuel triunfante en Nápoles y corrió el rumor de que el cielo, agraviado, suspendería aquel año el milagro de la liquefacción de la sangre de San Genaro.

Víctor Manuel mandó llamar á los sacerdotes que cuidan allí del negociado de sus milagros, y lleno de profunda fe en lo que debía tenerla, les dijo tan piadoso como enérgico:

—Espero que este año se verificará el milagro.

Ellos allá rezaron é hicieron todas las demás cosas necesarias, y para eterno lustre de nuestra causa, el milagro se ha repetido lo mismo que antes, sin que una sola gota del líquido haya dejado de cumplir con su deber.

¿Qué dirán á esto los impíos?

¡Olé!

—La emperatriz Cunegunda estaba casada con Enrique II llamado *El Piadoso*.

El Piadoso comenzó á sospechar que su esposa era demasiado piadosa con ciertos caballeros, y como buen marido, fué y le dió á Cunegunda sus quejas, diciéndole: «Mira que eso no está bien y que yo soy tu marido...» En fin, aquellas cosas naturales.

Ella indignada y honesta, para demostrar su virtud, pisó, sin quemarse, unos hierros encendidos.

Después han hecho otro tanto, á medio real la entrada, los titiriteros de ambos sexos: pero entonces no era oficio, sino milagro.

Y por eso á dicha precursora se la ha llamado Santa Cunegunda.

Los santos de hoy, algo más ilustrados, escatiman discretamente los milagros y así hay más deseo de ellos.

Todo empresario que comprenda sus intereses, para no ver despreciado su género, debe...

Pero no, esto no es relativo á milagros, sino al comercio.

Volvamos al tema.

Dicen algunos impíos que ciertos milagros no son más que supercherías de falsedad evidente para sacar dinero al pueblo.

(Continuará).

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID